

Capítulo X

ALGUNAS OBSERVACIONES

Terror y conocimiento

Nos habíamos propuesto investigar la forma en que se produce la acumulación de la teoría revolucionaria. Las tesis de Lenin frente a la guerra imperialista nos remitieron a la experiencia de la Comuna de París, en las que estaban fundadas.

Comprobamos que esta experiencia de revolución proletaria, inicial y derrotada, incidió de distintas maneras en la perspectiva teórica hasta que, al desarrollarse conceptos más precisos y modelos más amplios, a través de sucesivas complejizaciones, se hizo posible resolver fenómenos enigmáticos y situaciones difíciles, creando las condiciones de la revolución triunfante, de la experiencia exitosa.

En la primera etapa, contemporánea e inmediatamente posterior a la Comuna, la experiencia tiene dos tipos de efecto sobre la teoría.

Por una parte, surge un estado de ánimo que deja percibir exclusivamente el aspecto catastrófico de los resultados de la derrota y tiende a descalificar gradualmente la idea misma de revolución política, la destrucción del estado burgués por medio de la fuerza y el establecimiento de la dictadura del proletariado, un estado donde la fuerza coincide con el pueblo mismo.

En realidad, esta tendencia se niega a analizar el proceso revolucionario en términos de la teoría a la que supuestamente adscribe y abandona, en forma paulatina sus supuestos básicos, hasta adoptar los de la burguesía. En términos globales, se trata de admitir la ilegitimidad o, más aún, la imposibilidad de toda otra nueva relación más allá de la realizada por la burguesía: “hubo historia pero ya no la hay”. La paulatina difusión y profundización de estas convicciones tienen consecuencias en la práctica de la lucha de clases hasta 1900: se privilegian formas de conducción y de acción parceladas, sin concebir el campo total de luchas y fracciones sociales, ni prepararse para garantizar el desarrollo de las fuerzas de clase en las condiciones planteadas por la burguesía, es decir, a partir de una concepción estratégica político-militar.

En parte, esta disolución en el plano conceptual podría ser explicada en base a las observaciones realizadas por la propia teoría clásica de la guerra acerca de la influencia del terror sobre la capacidad de juicio. Además, el abandono de la voluntad de lucha, la renuncia a los propósitos que llevan a la lucha, es el objetivo último que la teoría de la guerra reconoce a la actividad bélica. En este sentido, el rumbo adoptado por los sectores reformistas, revisionistas de la teoría marxista, podría computarse como uno de los éxitos a largo plazo de la política militar terrorista de la burguesía francesa.

Sin embargo, hasta en la actualidad se mantiene la ignorancia acerca de los procesos específicos por medio de los cuales ciertas situaciones de “terror” destruyen núcleos de convicción racional y logra, por ejemplo, el abandono de una teoría por otra, de

menor nivel de consistencia, incluso en personas alejadas del peligro inmediato. Sin embargo en la actualidad, del mismo modo que en 1905, los ejemplos abundan en el campo intelectual y político. El terror es, sin duda, una fuente de obstrucción del conocimiento muy importante, pero no es este el aspecto —que podría considerarse bajo el título de “trauma” epistemológico— el que nos proponíamos dilucidar.

Marx y Engels asumen la derrota comunera y tratan de convertirla en un avance de la teoría. Por una parte, toman como propias las conquistas de los comuneros: afirman que los revolucionarios parisinos habían descubierto, en la práctica, la forma específica que asumiría la dictadura del proletariado —el tipo de estado en que la lucha de clases se desarrolla del modo más racional y pacífico posible— pronosticada de manera general por Marx. Por lo tanto, analiza esta forma e integra los rasgos esenciales a la teoría que, de este modo, no solamente queda demostrada por la experiencia sino completada conceptualmente.

En cuanto al problema de la oportunidad para realizar el intento y respeto por las causas de la derrota, las posiciones de Marx y Engels presentan contradicciones que pueden ser explicadas como consecuencia de un obstáculo interior en la teoría.

Acerca de esta obstrucción, nuestra hipótesis ha sido que respecto del modelo de proceso revolucionario basado en la experiencia anterior —la de 1848—, la guerra entre naciones simultánea a la revolución de 1871 fue percibida como una perturbación, un “accidente”, una “condición excepcional” desfavorable. Se tendió a considerar como anómalo lo que, en realidad, era un fenómeno original. Tal enfoque contribuyó a que los hechos nuevos no pudieran ser inmediatamente incorporados a un esquema conceptual, también renovado, enriquecido, que coordinara ambos procesos. A su vez, la carencia de un modelo articulador indujo a la formación de una zona oscura en la teoría de la lucha de clases, un área no racionalizada, lo cual favoreció la emergencia de las teorías revisionistas.

Lenin comienza a acumular la experiencia de la Comuna a partir de 1905, en conexión con un nuevo período revolucionario.

Su primera conclusión es que la revolución adopta inexorablemente el carácter de guerra civil. Esta convicción lo lleva a iniciar una lectura de la lucha de clases que incorpora conceptos y perspectivas de la teoría burguesa clásica de la guerra. En este terreno su descubrimiento principal es que la lucha de clases —del mismo modo que la “guerra”— puede y debe ser conducida. De ello se desprende la tarea de la organización independiente del proletariado, destinada a conducir los enfrentamientos de la lucha de clases con vistas a su transformación en guerra civil. También se relaciona con otra lección que Lenin aprende de la comuna: la necesidad de que el proletariado conduzca a otros sectores sociales, lo que en el caso de Rusia, refiere particularmente al campesinado.

Acerca de este momento de formación de teoría, pueden hacerse varios señalamientos.

Durante la etapa que media entre 1871 y 1905, ni la experiencia de las luchas ni la formación de conceptos interrumpe sino que discurren de manera unilateral, como desarrollos parciales. Los conocimientos y las acciones se multiplican y se relacionan hasta que, en un momento dado, se produce una reestructuración que articula todos esos elementos en una totalidad. Ese momento, relativamente acelerado, ha sido producido a través de una coordinación de los problemas planteados por numerosos avances particulares, que anteriormente se veían como separados y de un ordenamiento nuevo de conceptos y fenómenos que no eran tomados en cuenta o eran considerados como aspectos

subordinados.¹

El nuevo desarrollo teórico comienza cuando un proceso social revolucionario convoca a ello. La reflexión se inicia tomando como punto de referencia el hecho práctico revolucionario más importante del período anterior. Sin embargo, el enfoque con que se asume el análisis del hecho parte de posiciones sostenidas por la teoría revolucionaria en el ante último período, es decir, las tesis inspiradas en los procesos revolucionarios de 1848.

El obstáculo teórico sigue ejerciendo su influencia pese a que la situación revolucionaria de 1905 presenta un rasgo esencial evidentemente análogo a la de 1871: la guerra ruso-japonesa simultánea a la revolución democrática. La reestructuración teórica no se produce de inmediato sino que comienza parcialmente cuando el proceso de 1905 está muy avanzado. Sólo entonces, aparecen intentos de vincular la formación de la fuerza social revolucionaria, moral y material, con la crisis de las fuerzas armadas del régimen.

Por otra parte, el enriquecimiento de la teoría no sólo se produce en la relación a la experiencia proletaria del pasado y a la propia teoría, sino a partir del intento de recuperar la reflexión realizada por la burguesía acerca de sus guerras.

Por último, la derrota de 1905, produce, en fracciones del movimiento socialista ruso, efectos similares a los observados luego de 1871. Surge también allí una tendencia que niega globalmente la experiencia revolucionaria fracasada, sin intentar comprenderla mediante un avance teórico.

Concluido el período revolucionario de 1905 y en condiciones evidentes de preparación de la guerra imperialista europea se produce finalmente la incorporación del “accidente” de la guerra entre naciones a un esquema conceptual único del proceso revolucionario y de la guerra civil. Sólo entonces, el problema del “armamento del pueblo” y de las condiciones revolucionarias engendradas por las guerras imperialistas, que estaba resuelto en la práctica desde 40 años antes, comienza a ser racionalizado, considerado en sus interconexiones e incorporado, primero a la teoría y luego a la estrategia revolucionaria. Lenin descubre que el aparente problema de la guerra imperialista incluía las condiciones para la solución del verdadero problema, el armamento del pueblo, moral y material.²

Esta tesis se confirma rápidamente en 1917. La perspectiva teórica adquirida le permite comprender de inmediato el fenómeno de los soviets y luego poner en práctica una concepción táctico-estratégica congruente con la evaluación del caso, que incluye aspectos tales como la fraternalización con el enemigo, las propuestas de paz sin anexiones ni indemnizaciones, la nacionalización de la tierra y, sobre todo, el que se expresa en la consigna “todo el poder a los soviets”.

¹ Clausewitz tiene conciencia acerca del carácter de los progresos parciales cuando describe las teorías de la guerra previas a la suya: “Todos estos intentos teóricos sólo se pueden considerar avances en el terreno de la verdad en cuanto a su parte analítica, pero en la parte sintética, sus prescripciones y reglas son absolutamente inservibles”. *De la guerra*. L. II, cap. II.

² En base a las experiencias de 1905 y 1871 (ver capítulo I, pág. 6) Lenin llegó a formular el armamento del pueblo sólo podría producirse en términos de una crisis de las fuerzas armadas de la burguesía y por eso su problema pasó a ser el de construir las condiciones para conducir ese tipo de procesos.

Posteriormente diversas experiencias revolucionarias demostraron la posibilidad de constituir el armamento del pueblo a partir de la iniciativa de las clases populares, al margen e las instituciones armadas de la burguesía. Sin embargo estas experiencias no han sido aún incorporadas rigurosamente a la teoría, incluso en los casos en que resultaron triunfantes.

Pero nuevamente surge una situación “original”, “excepcional”: el “armamento del pueblo” se ha producido en condiciones tales que el pueblo armado pacta y subordina al gobierno burgués. Aquellos que no habían reflexionado acerca de la Comuna y de 1905 no pueden percibir la originalidad de la situación y evalúan los soviets de acuerdo a sus manifestaciones aparentes y transitorias —la colaboración con el gobierno y la voluntad mayoritaria de proseguir la guerra— contribuyendo de este modo, a que estas tendencias de la realidad se refuercen.

Lenin, en cambio, observa el proceso a partir de la teoría del estado proletario provista por Marx —es decir, otro aspecto de la acumulación teórica engendrada por la experiencia de 1871— y gracias a ella tiene la capacidad de distinguir los rasgos del Estado-comuna, embrionariamente dibujados en los soviets.

Complejización y reestructuración conceptual

Hemos expuesto en los capítulos anteriores varias consecuencias de esta reelaboración. Pero la más instructiva es la del esclarecimiento y diferenciación interna de la noción de “fuerza social” que era considerada como la dimensión directamente explicativa de la categoría “poder”. Al distinguir del concepto de “fuerza”, las nociones de “conciencia” y “organización”, Lenin está en condiciones de contar con un modelo de “relaciones de fuerza” que contiene más aspectos, antes subsumidos y confundidos, más relaciones y distinto orden jerárquico de las relaciones.

Esta división de un concepto confuso en dos, más precisos, permite que el modelo de las relaciones de fuerza adquiera capacidad descriptiva y explicativa en campos de relaciones sociales más vastos. Una teoría reordenada, más compleja, más articulada, de acceso a realidades más amplias: el campo de relaciones de fuerza ya no se concibe limitado al proceso de realización de la fuerza sino que se extiende al de su formación. Se toman en cuenta procesos más sutiles como el del aprendizaje de las masas y los cuadros.

Un nuevo avance se produce cuando Lenin construye el concepto de “masa fluctuante” y establece el carácter y las determinaciones de sus movimientos oscilatorios y cíclicos.

Desde el inicio del período revolucionario, Lenin ya sabe que los movimientos del proletariado revolucionario deben realizarse en relación a las coordenadas de espacio-tiempo social que se produce la acumulación de “conciencia” y “organización”, a través de la experiencia de las masas intermedias. En consecuencia, recomienda orientar la acción del proletariado revolucionario hacia la elevación de la conciencia y organización de las masas y “esperar” a que se supere el “atraso”.

Pero al descubrir las fluctuaciones súbitas, ascendentes y descendentes, de las masas intermedias, comprende que el desarrollo de su conciencia y organización no responde al movimiento lineal. Advierte que, para que se establezca el sentido ascendente del movimiento, debe producirse, en ese momento preciso de fluctuación, una intersección con el movimiento proletario revolucionario. A partir de esto, coordina conceptualmente ambos planos espacio-temporales, lo que le permite afirmar que el “atraso” es atribuible, en verdad, al movimiento lentificado del proletariado revolucionario.

Estos desarrollos en la teoría, que orientan en la formulación de la estrategia y las

tácticas revolucionarias, nos permiten entender que ni la consigna “todo el poder a los soviets” implicaba el abandono de la concepción de la revolución “como guerra civil”, ni la consigna de “insurrección” significaba reducir la revolución a las leyes de la “guerra” concebidas por la teoría burguesa.

Entre la Comuna y Octubre de 1917 se comprendió que los problemas —el de la revolución y la guerra civil— no necesitaban ser disueltos —disolviendo al mismo tiempo la teoría social más consistente jamás construida hasta entonces— sino que podían ser resueltos. Fue posible entonces vislumbrar la solución en las mismas condiciones que, en un principio, aparecían como “el problema”, “el accidente”.

Se advirtió que era necesario enriquecer permanentemente la teoría, superando el reduccionismo de los problemas del poder y de la guerra a las cuestiones de la fuerza material ya que ésta dependía de un proceso de formación de conciencia y de organización en el proletariado y las clases populares. A su vez, se comprendió que la conciencia y organización del proletariado referían a la conducción táctico-estratégica de los enfrentamientos y que estos aspectos de la fuerza social se formaban también a través de enfrentamientos sociales.

Esto señaló que, desde el punto de vista proletario, la concepción táctico-estratégica de la teoría clásica de la guerra debía ser definida y aplicada teniendo en cuenta el proceso más amplio de formación de conciencia y organización, de aprendizaje a través de la lucha. En consecuencia, se pensó que los objetivos de los enfrentamientos debían constituir condiciones de experiencia para las masas —que les permitieran reformular sus tácticas y aceptar la conducción del proletariado revolucionario— y que la experiencia de las masas debía servir para redefinir la teoría y precisar las tácticas y estrategias revolucionarias.